



CAPÍTULO X.

Indignacion general de Europa contra el emperador.—Liga formada contra él.—El ejército francés entra en Italia.—El emperador concede la libertad del papa.—Rebelion de Andrés Doria.—Confesion de Augsbourg.—Decreto contra los protestantes.—Campana en Hungría.—Sublevacion de los anabaptistas.—Juan de Leiden.—Empresas de los Barbarojas.—Su poder.—Sitio de la Goleta.—Derrota del ejército de Barbaroja.—Gloria que adquirió el emperador.

Los pormenores del modo inhumano con que el papa habia sido tratado, llenaron á toda Europa de pasmo y de horror. El atrevimiento inaudito de un emperador cristiano, á quien su misma dignidad dictaba la obligacion de proteger y defender á la Santa Sede, y que, poniendo manos violentas sobre el que representaba á Jesucristo en la tierra, retenia su persona sagrada en cautiverio riguroso, pareció generalmente una impiedad que merecia la venganza más ruidosa, y que solicitaba la pronta reunion de todos los fieles hijos de la Iglesia contra el culpado. Francisco y Enrique, asustados de los progresos de Carlos en Italia, se habian ligado ya antes de la conquista de Roma, y para sujetar á la ambicion del emperador se habian convenido en tentar una poderosa diversion en los Países-Bajos. Los diferentes motivos que los habian determinado al principio, se habian fortalecido despues; juntóse á ello el designio de libertar al papa de las manos del emperador, acto de política que favorecia á sus intereses honrando á su piedad. Mas para llegar á su fin, se requeria abandonar los proyectos que habian concebido sobre los Países-Bajos y trasladar el teatro de la guerra al corazon de la Italia; porque únicamente por las operaciones más vigorosas po-

dian prometerse con alguna certidumbre librar á Roma y restituir á Clemente su libertad. Francisco comenzaba á comprender que el espíritu de refinamiento de sus miras políticas sobre Italia le habia arrastrado harto lejos, y que por haber aflojado demasiado habia dejado tomar á Carlos una superioridad que hubiera disputado fácilmente: quiso apresurarse á reparar por una actividad más conforme á su carácter una falta que no habia tenido motivo á menudo de echarse en cara. Enrique pensaba que era tiempo de juntarse al rey de Francia para embarazar al emperador que se alzara con el dominio absoluto de Italia, y que adquiriera por este medio una prepotencia que le pusiera en estado de dar despues leyes á todos los demas principes de Europa. Wolsey, cuya amistad con Francisco habia cuidado de mantener con caricias y regalos, medios infalibles de ganárselo, no perdonó á diligencia de cuantas podian animar á su amo contra el emperador. Además de estas consideraciones políticas, Enrique estaba excitado tambien por un motivo particular: era casi al mismo tiempo que formaba el gran proyecto de su divorcio con Catalina de Aragon; sabia que necesitaria de la autoridad del papa, y anhelaba ganarse derechos á su reconocimiento, mostrán-

dose como el principal instrumento de su libertad.

Con estas disposiciones de entrambos reyes, la negociacion no se alargó. Volsey habia recibido de su amo poderes ilimitados. Francisco trató con él personalmente en Amiens, adonde pasó el cardenal, y fué recibido con una magnificencia régia. El matrimonio del duque de Orleans con la princesa María fué el artículo fundamental de esta liga: se decretó que la Italia sería el teatro de la guerra; se regló las fuerzas del ejército que se pondrian en campaña, y la cantidad de tropas y de dinero que aprontaría cada principe; y si el emperador no aceptaba las proposiciones que se debian hacerle en nombre de los dos reyes, se obligaban á declararle al instante la guerra, y á principiar luego las hostilidades. Enrique, siempre impetuoso en sus resoluciones, entró con tanto celo y ardor en esta nueva alianza, que, para dar á Francisco la más relevante prueba de su amistad y estimacion, renunció formalmente á todas las pretensiones antiguas de los reyes de Inglaterra á la corona de Francia, pretensiones que habian sido por tanto tiempo el orgullo y ruina de su nacion, y aceptó por vía de resarcimiento una pension de 50.000 ducados anuales, pagaderos á él y á sus sucesores.

En este entretanto, el papa, hallándose imposibilitado de satisfacer á las condiciones de la capitulacion, permaneció siempre prisionero bajo la severa guardia de Alarcon. No bien los florentinos supieron el desastre de Roma que corrieron á las armas tumultuados, arrojaron al cardenal de Cortona, gobernador de la ciudad, en nombre del papa, mutilaron el escudo de armas de los Médicis, hicieron pedazos las estatuas de Leon y Clemente, se declararon Estado libre, y restauraron su antigua forma de gobierno popular. Los venecianos, queriendo igualmente aprovecharse de las desventuras del papa su aliado, se apoderaron de Rávena, y de otras plazas pertenecientes al Estado eclesiástico, bajo el pretexto de guardarlas en depósito. Los duques de Orvino y de Ferrara participaron tambien de los despojos de este desafortunado pontífice, á quien creian perdido sin recurso.

Lannoy, por otro lado, procuraba sacar algunas ventajas sólidas de este suceso inopinado, cuya victoria y esplendor habian dado tanta preeminencia á las armas de su soberano. Con este designio, marcha á Roma con Moncada el marqués del Guasto á la cabeza de todas las tropas que pueden juntar en el reino de Nápoles. La llegada de este refuerzo fué un aumento de calamidad para los desgraciados habitantes de Roma: los recién llegados, envidiosos del rico botin que habian hecho sus compañeros, imitaron su licencia, y devoraron con codicia las miserables reliquias que habian escapado de la rapacidad de los españoles y alemanes.

No habia á la sazón en Italia ejército capaz de contrarrestar á los imperiales; y para ganar á Bolonia y demas ciudades del Estado eclesiástico, no se requeria más que presentarse delante de sus murallas. Pero los soldados, acostumbrados desde tan largo tiempo bajo de Borbon á sacudir toda disciplina, y habiendo gustado la dulzura de vivir á discrecion en una gran ciudad, sin casi reconocer la autoridad de un amo, habian degenerado en tan enemigos de la subordinacion militar y del servicio, que rehusaron salir de Roma antes de que se les hubieran pagado los atrasos de su sueldo; condicion que sabian bien que no se podia concederles.

Declararon además que no obedecieran sino al principe de Orange, á quien el ejército habia aclamado por general. Lannoy, viendo que no estaba seguro si quedaba más tiempo en medio de un ejército insubordinado, que despreciaba su dignidad y odiaba su persona, volvió á Nápoles, adonde le siguieron bien pronto por las mismas razones de prudencia el marqués del Guasto y Moncada. El principe de Orange, sin más que el título de general, y cuya autoridad no dependia sino de la buena voluntad de una soldadesca á quien la victoria y la licencia habian convertido en insolente, se veia obligado á respetar sus fantasias, mucho más que ella respetaba sus órdenes. De este modo el emperador, lejos de recoger ninguna de las ventajas que podia prometerse de la rendicion de Roma, tuvo el disgusto de ver



el ejército más formidable que jamás hubiera puesto en pie, permanecer en un estado de inacción del que fué imposible sacarle.

El rey de Francia y los venecianos tuvieron el tiempo necesario para formar nuevos proyectos y contraer nuevas obligaciones para libertar al papa y defender los derechos de Italia. La nueva república de Florencia cometió la imprudencia de incorporarse á ellos; y Lautrec, á cuyos talentos los italianos hacían más justicia que Francisco, fué nombrado generalísimo de la liga. No aceptó esta comisión sino con la mayor repugnancia, temiendo exponerse segunda vez á los apuros y desgracias que podía atraerle la negligencia del rey ó la malicia de sus favoritos. Las más selectas tropas de Francia marcharon á sus órdenes, y el rey de Inglaterra, ántes de haber declarado todavía guerra al emperador, desembolsó una suma considerable de dinero para subvenir á los gastos de la expedición. Las primeras operaciones de Lautrec fueron dirigidas con prudencia, vigor y felicidad. Auxiliado de Andrés Doria, el mejor marino de su siglo, se apoderó de Génova y restableció en esta república á la facción de los Fregosios y á la dominación francesa. Obligó á Alejandría á rendirse después de algunos días de sitio, y sometió todo el país de esta parte de acá del Tessino. Tomó por asalto á Pavía, que había resistido por tan largo tiempo á las armas de su amo, y la entregó al saqueo con toda la crueldad que inspiraba naturalmente á las tropas francesas la memoria del fatal desastre que habían sufrido delante de los muros de esta ciudad. Si hubiera continuado dirigiendo sus esfuerzos contra el Milanes, Antonio de Leyva, que lo defendía con un pequeño cuerpo de tropas que no conservaba y mantenía sino á fuerza de maña y de industria, se hubiera visto forzado bien pronto á ceder; mas Lautrec no se atrevió á probar concluir una conquista que le hubiera honrado tanto y de la que la liga habría sacado tantas utilidades. Francisco no ignoraba que sus aliados tenían mucho menos envidia de verle dilatar sus posesiones en Italia que de menguar el poder del emperador, y temió que si una vez Sforzia llegaba á ser repuesto en Milán, los

aliados auxiliarian débilmente la invasión que meditaba en el reino de Nápoles: en consecuencia, Lautrec recibió orden de no adelantar demasiado sus conquistas en la Lombardia.

Felizmente, las importunidades del papa, que le solicitaba ir á su socorro, y las de los florentinos, que le suplicaban protegerlos, le estrecharon tanto, que le suministraron un pretexto plausible de marchar adelante, sin miramiento á las instancias de los venecianos y de Sforzia, quienes insistían en que pasara á sitiar á Milán.

Mientras que Lautrec avanzaba lentamente hacia Roma, el emperador tuvo tiempo de deliberar acerca de lo que debía hacer de la persona del papa, siempre prisionero en el castillo de San Angelo. A pesar del velo especioso de la religión con que Carlos se esforzó á cubrir sus disposiciones, probó en muchos lances que las consideraciones religiosas le movían poco; en éste particularmente, había mostrado á menudo el deseo de mandar trasportar al papa á España, á fin de satisfacer el orgullo de su ambición por el espectáculo de los dos más ilustres personajes de Europa, prisioneros sucesivamente en su corte. Pero el miedo de ofender aún más á todas las potencias de la cristiandad y de hacerse odioso á sus mismos súbditos, le forzó á sacrificar la vanidad á la prudencia. Los progresos de los confederados le ponían en la necesidad de restituir prontamente la libertad al papa, ó de mandar conducirle á algún retiro más seguro que el castillo de San Angelo. Entre las diferentes razones que le hicieron anteponer el primer partido, la más poderosa era la falta de dinero, y lo necesitaba urgentemente para reclutar su ejército y pagar los inmensos atrasos que le debía. Había convocado las Cortes de Castilla en Valladolid hacia principios del año, para exponerlas el estado de sus negocios; las representó la necesidad de hacer grandes preparativos para resistir á todos sus enemigos, á quienes la envidia de sus victorias iba á reunir contra sí, y pidió con los términos más estrechos subsidios cuantiosos. Pero las Cortes rehusaron sobrecargar con un nuevo peso á la nación, exhausta ya por donativos extraordinarios, é insistieron en su negativa, á



pesar de todos los esfuerzos que hizo para seducir ó intimidar á los vocales de la asamblea. No le quedaba, pues, otro arbitrio que arrancar de Clemente, por forma de rescate, una cantidad suficiente para pagar lo que debía á sus tropas, á quienes habría sido muy inútil proponer salir de Roma antes de haberlas satisfecho.

El papa, por su parte, no permanecía en inacción, é intrigaba con bastante felicidad para abreviar su libertad. Consiguó por sus adulations y apariencias de confianza sin reserva desarmar el enojo de Colonna. Supo interesar la vanidad de este cardenal, celoso de mostrar á la Europa que, después de haber tenido el poder de humillar al papa, tenía aún el de restablecerlo en su dignidad. Ganó asimismo á Moron con distinciones y promesas; este hombre, por una de aquellas revoluciones quiméricas bastante ordinarias en la vida, y que da bien á conocer su carácter, había recobrado toda la autoridad y crédito que gozaba antes con los imperiales.

La habilidad y ascendiente de Colonna y de Moron allanaron fácilmente todas las dificultades que pudieron oponer los embajadores del emperador, y terminaron bien pronto el tratado de la libertad de Clemente, con condiciones duras á la verdad, pero tan moderadas como podía esperarlo en la situación en que se encontraba. Se vió obligado á anticipar en dinero contante una cantidad de 100.000 escudos para pagar al ejército; á dar su palabra de desembolsar otro tanto dentro de quince días, y otros 150.000 en el término de tres meses. Se le hizo prometer no tomar ninguna parte en la guerra que se hacía contra el emperador, ya en Lombardia, ya en el reino de Nápoles; concedió á Carlos una cruzada y el diezmo de las rentas eclesiásticas de España, y no sólo dió rehenes para responder de la ejecución de estos artículos; se vió también obligado para mayor seguridad, á poner al emperador en posesión de muchas ciudades.

Cuando el papa hubo juntado la primera suma, vendiendo las dignidades y beneficios eclesiásticos, y empleando otros expedientes tan poco canónicos, se fijó un día para darle solu-

ra. Mas Clemente, ansioso por verse libre después del tedio de una prisión de seis meses, y agitado por las sospechas y desconfianza natural á los desgraciados, recelaba tanto que los imperiales opusieran nuevos óbices á su libertad, que se disfrazó la noche anterior en traje de mercader, aprovechó el ensanche de Alarcon en su vigilancia después de la conclusión del tratado y se evadió sin ser descubierto. Llegó antes del amanecer sin comitiva y con uno sólo de sus oficiales á Orvieto, desde donde escribió sin pérdida de tiempo una carta de gracias á Lautrec como el principal instrumento de su libertad.

Durante estas negociaciones, los embajadores de Francia y de Inglaterra habían pasado á España en consecuencia del tratado que Wolsey había concluido con Francisco. El emperador, que no quería atraerse las fuerzas reunidas de estos dos monarcas, pareció no distante de aflojar algún tanto en el rigor del tratado de Madrid, sobre cuyo tenor se había mostrado inflexible hasta entonces. Ofreció aceptar los dos millones de escudos que Francisco había propuesto en equivalente del ducado de Borgoña, y poner á sus hijos en libertad, con tal que llamara á sus tropas de Italia y le restituyera á Génova con las demás conquistas que había hecho en esta tierra. En cuanto á Sforzia, insistía siempre en pedir que se decidiera de su suerte, nombrando jueces para formarle su causa. Estas proposiciones se dirigieron á Enrique, quien las pasó al rey de Francia, su aliado, á quien interesaban más, para ver su respuesta. Si Francisco hubiera estado dispuesto de buena fe á concluir la paz y á obrar con uniformidad en su conducta, no habría fluctuado en aceptar sobre la marcha estas proposiciones que diferían muy poco de las ofertas que él mismo había hecho anteriormente.

Mas había cambiado mucho de ideas. La alianza de Enrique, las victorias de Lautrec en Italia y la superioridad de su ejército sobre el del emperador, no le permitían dudar del éxito de su intento sobre Nápoles. Lleno de estas altas esperanzas, no se vió embarazado para encontrar pretextos de rehusar ó eludir las proposiciones del emperador bajo de una aparien-



cia de compasion en favor de Sforcia, cuyos intereses no le habian ocupado al parecer hasta allí. Requirió de nuevo que este desventurado príncipe fuera restablecido del todo y sin ninguna condicion en la plena posesion de sus estados; y bajo del pretexto de que sería imprudencia descansar absolutamente en la buena fe del emperador. Francisco exigia la entrega de sus hijos ántes de que sus tropas evacuáran la Italia y devolvieran á Génova. Requerimientos tan poco razonables, y el aire de reconvenccion que los acompañaba, irritaron á Carlos hasta tal punto, que le costó trabajo reprimir su cólera; se arrepintió de haber mostrado una moderacion que movia tan poco el corazon de sus enemigos, y declaró que no se apartaría del más mínimo artículo de las condiciones que acababa de ofrecer. Es inconcebible que Enrique haya querido dar su nombre á propuestas tan extrañas como las de Francisco; pero se habia logrado determinarle á ello, y en virtud de la declaracion del emperador, los embajadores de Francia y de Inglaterra pidieron y alcanzaron la audiencia de despedida.

Al día siguiente, dos reyes de armas que habian acompañado de intento á los embajadores, y que hasta entónces habian ocultado su carácter, comparecieron en la córte del emperador con los atributos de su ministerio, y luego que fueron introducidos, le declararon la guerra en nombre de sus amos, con todas las formalidades de estilo. Carlos recibió á uno y á otro con la dignidad que convenia á su gerarquía; mas respondió á cada uno en particular con un tono que expresaba la diferencia de los afectos que tenía á los dos soberanos. Aceptó el desafío del monarca inglés con una firmeza templada de algunas señales de atencion y de respeto. Su respuesta al rey de Francia abundaba de aquella amargura de expresion que debia infundirle una rivalidad personal, irritada aún por la memoria de muchos ultrajes recíprocos. Encargó al heraldo frances advertir á su amo que no le miraría ya en adelante sino como un vil infractor de la fe pública, ageno de los sentimientos de honor y de probidad que distinguen á un caballero. Francisco, demasiado altivo para sufrir con paciencia

una imputacion tan insultante, recurrió á un arbitrio singular para defender su carácter y vindicar su honor. Volvió á despachar en el mismo hecho á su heraldo con un desafío en regla, por el cual daba al emperador un miente formal, le retaba á combatir cuerpo á cuerpo, le intimaba fijar el tiempo y lugar de la cita y le daba á elegir armas. Carlos, tan vivo y tan valiente como su rival, aceptó el desafío sin vacilar; mas despues de diversos recados de una y otra parte para arreglar todas las circunstancias del combate, recados siempre acompañados de vituperios mútuos, que degeneraron casi en injurias, se olvidó enteramente el proyecto de este duelo, que convenia en efecto mucho mejor á héroes de romance, que á los dos más poderosos monarcas del siglo.

El ejemplo que acababan de dar dos tan grandes reyes, atrajo la atencion general; tuvo tanta autoridad sobre los corazones, que produjo una revolucion visible en las costumbres de toda Europa. He dicho ya que los duelos se habian permitido largo tiempo por las leyes de todas las naciones europeas, que hacian parte de su jurisprudencia, y que el magistrado los autorizaba en muchas ocasiones, como el medio más seguro de decidir las cuestiones civiles y criminales. Mas como estos combates singulares eran mirados como apelaciones solemnes á la justicia y á la omnipotencia del Sér Supremo, la ley no los autorizaba sino en las causas públicas, y fijaba formalidades jurídicas para proceder en ellos. Acostumbrados los hombres á ver emplear este método de juzgar por los tribunales de justicia, no tardaron en usarlo igualmente en sus querellas particulares y personales; y este segundo paso no distó del primero.

Desde entónces, los duelos, que no podian verificarse al principio sino por mandato del magistrado civil, se empeñaron bien pronto sin la intervencion de este magistrado, y se extendieron á muchos casos, no señalados por la ley. Lo que acababa de pasar entre Carlos y Francisco acreditó singularmente esta práctica. A la primera afrenta, al menor insulto que heria al honor, un caballero se creia con derecho á desenvainar la espada y retar á su ad-



versario á duelo para hacerle conocer la razon. Semejante opinion, introducida entre pueblos que unian el valor y fiereza á costumbres toscas y feroces, entre quienes los insultos eran frecuentes y el resentimiento activo, no podia ménos de traer los efectos más funestos; la más preciosa sangre de Europa se derramó en los duelos: mil vidas útiles se sacrificaron, y hubo tiempos en que estas reyertas de honor fueron más destructivas que las guerras nacionales. Tal es además el imperio de la moda, que ni el terror de las leyes penales, ni el respeto á la religion no han podido abolir del todo una costumbre desconocida de los antiguos y contraria á todos los principios de la recta razon: pero es menester confesar asimismo que nosotros debemos en parte á este uso absurdo la urbanidad y suavidad notable de las costumbres modernas, esas consideraciones atentas que un hombre tiene á otro, y que hacen el día de hoy el trato de la sociedad mucho más agradable y decente que jamás lo ha sido entre las naciones de la antigüedad más civilizadas.

Miéntas que los dos monarcas parecian tan ansiosos de terminar su contienda por un combate singular, Lautrec continuaba en Italia sus operaciones que prometían ser mucho más decisivas. Su ejército, que se habia engruesado y que constaba entónces de 35.000 combatientes, marchaba á grandes jornadas hácia Nápoles. El terror que su aproximacion inspiró, unido á las representaciones é instancias del príncipe de Orange, determinó al fin, si que despues de mucha resistencia, á las tropas imperiales á salir de Roma, á quien oprimian, despues de diez meses. Pero de aquel florido ejército que habia entrado en esta ciudad, apenas quedaba la mitad; la otra, destruida por la peste ó por las enfermedades, fruto de una larga inaccion, de la intemperancia y de la dissolution, fue víctima de sus propios crímenes.

Lautrec pretendió muy de corazon atacar á los imperiales en su retirada hácia el territorio de Nápoles; en este momento una sola victoria hubiera terminado la guerra; mas la prudencia de sus jefes desconcertó todas las medidas de este general, y llegaron al fin á Nápoles sin mucha pérdida. El pueblo de este reino, que

habia siempre sido la presa del más activo y del más fuerte, impaciente de sacudir el yugo español, recibió á los franceses con los brazos abiertos por todas partes por donde quisieron dejarse ver y hacer mansion: salvo Gaeta y Nápoles, apenas quedó por los imperiales alguna plaza importante. Debieron la conservacion de aquella á la fuerza natural de sus fortificaciones, y la de la segunda á la presencia del ejército imperial. No obstante, Lautrec se presentó delante de los muros de Nápoles; mas viendo que no podia esperar reducir por las armas á una ciudad defendida por tantas tropas, se vió en precision de bloquearla, método más lento pero ménos arriesgado; y despues de haber tomado las medidas que le parecieron más ciertas, aseguró con confianza á su amo que el hambre reduciria bien pronto á los sitiados á capitular. Esta esperanza se corroboró más por el desgraciado éxito de una tentativa vigorosa, que los enemigos acababan de hacer para apoderarse del mar. Las galeras de Andrés Doria, mandadas por su sobrino Felipino, guardaban la entrada del puerto. Moncada, que habia sucedido á Lannoy en el vireinato, armó un crecido número de galeras superior á las de Doria, y embarcándose personalmente con el marqués del Guasto y la flor de los oficiales y soldados españoles, atacó á Doria ántes de unirse las escuadras francesa y veneciana. Mas Doria, por su superioridad en el arte de maniobrar, triunfó fácilmente del valor y del número de los españoles. El virey fué muerto y destruida la mayor parte de su armada: habiendo hecho prisioneros á muchos oficiales distinguidos, Filipino los embarcó en las galeras que habia apresado y los envió á su tío como trofeos de su victoria.

A pesar de esta ventaja, que lisonjeaba á Lautrec de un feliz éxito cercano, se reunieron muchos incidentes para mover estorbos á sus miras y frustrar sus esperanzas. Aunque Clemente se habia quejado á menudo del modo cruel con que el emperador le habia tratado, no reglaba ya su conducta por su reconocimiento; y lo que es más extraordinario, no pensaba ya en vengarse de éste. Sus infortunios pasados le habian hecho más circunspecto que